

La Taza de la abuela

Irving Olaf Zavala Zacarías

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

En una de mis clases, una maestra nos pidió un cuento y nos propuso dos temas: una taza rota o el cine. “¿Cuál será el menos difícil?”, fueron las primeras palabras que pasaron por mi mente. Me concentré aguardando que las ideas llegaran a mí como un rayo, pero al parecer fue más tardado de lo que esperaba. “Taza rota o cine” fue la frase que no me abandonó durante todo el recorrido del autobús. Llegué a mi casa y decidí no perder el tiempo pensando en eso, ya llegarían las ideas cuando fuera el momento. Una, dos, tres horas y nada. No podía seguir esperando a que la luz llegara, por lo que decidí ir yo a ella: me senté en el escritorio de mi habitación y me pregunté por última vez: ¿Taza rota o cine? Taza rota me pareció lo más fácil. ¡Qué tonto fui! Hojas y hojas desperdiciadas en textos horribles y sin sentido –a mi parecer–. Creí que era hora de ir por mi propia taza; café para acabar con el sueño. Al bajar a la cocina atravesé por el cuarto de la abuela, el olor a tabaco provocó que no quisiera voltear, pero la voz de la anciana me obligó a hacerlo.

–¡Mijito! ¿Vas a la cocina?– sonó su voz ronca y débil.

–Sí abuela, ¿necesitas algo?– dije asomándome por el marco de la puerta.

–Un poco de agua, si no es mucha molestia– dijo sonriendo sin su dentadura. Le asentí dirigiéndole también una sonrisa y partí a la cocina.

Café para mí y, como gesto especial, para alegrarle el día a la viejilla le serví *Coca-Cola* en su taza favorita, esa que tenía un ferrocarril grabado y existen miles en el mundo.

Regresé a ese cuarto mal oliente y coloqué su taza sobre el buró, yo me quedé la mía con intención de irme, pero nuevamente su voz me detuvo.

–Mijito, siéntate un rato aquí conmigo– dijo con su fea, pero tierna, sonrisa.

No me negué. Tomé asiento en la esquina de la cama sin saber a dónde dirigir la mirada, tal vez a esas paredes descoloridas, a los muebles “del año del caldo” o al montón de bufandas y suéteres a medio terminar. Nada me convenció. Decidí ver a la anciana de labios arrugados y sumidos de tanto fumar, de cabello largo lleno de canas y manos manchadas y secas. Sus ojos se encontraron con los míos. Vi su mirada cálida y tierna. El silencio incómodo se hizo presente. Sólo unos sorbos lo interrumpían de vez en cuando. Sentía que el tiempo transcurría más y más lento, y yo sin poder regresar a mis tareas por el temor de hacer sentir mal a la abuela.

–Extraño a tu abuelo, ¿sabes?

Sentí un nudo en la garganta. La observé mientras bebía tranquila de su taza. Levantó la cabeza para mirarme nuevamente a los ojos.

–Esta taza él me la regaló unos cuantos años antes de que falleciera. ¿Te platicué la historia de cómo nos conocimos?

Negué con la cabeza.

–Es una historia graciosa, nos conocimos cuando fuimos a ver una película.

–¿Existían cines en tu época?– interrumpí sorprendido.

–No eran como los grandes edificios de ahora, sino más humildes. Eran para gente pobre como él y yo. Al pueblo llegaban unos hombres en una carreta con muchas sillas, una manta y una cámara vieja. Toda la gente iba temprano para ganar lugar, y yo fui con tu tía Juana. Los grandes se sentaban en las sillas y los niños en el suelo, ya sabes cómo son que no les importa ensuciarse. Entonces a mi lado se sentó un hombre muy apuesto que vestía un overol de mezclilla y un paliacate rojo atado al cuello. Era tan atractivo que también a tu tía Juana le gustó. Seguramente, a todas las chicas.

—Vamos abuela, no te distraigas.

—Perdón, perdón, pero es que aún sigo enamorada de él. En fin. Creo que ésa era la segunda vez que asistía. La película inició. Los niños no sabían qué les esperaba. Fue una linda película de una mujer rica que se enamora de un pobre, algo que en la vida real no sucede. Al final, ella debe tomar un tren y su amor no la quiere dejar ir, por lo que persigue el ferrocarril montando un caballo. Ahora que lo pienso, no sé cómo el caballo pudo ser tan rápido.

—¡El final abuela, el final!

—¿El final? No lo recuerdo.

—¿Cómo que no lo recuerdas, abuela? Pero si no estás tan vieja.

—No es eso chiquillo. Lo que pasa es que en ese momento en la manta se proyectó el tren de frente hacia nosotros y todos los escuincles pensaron que era real. Se levantaron asustados corriendo por todas partes, uno de ellos chocó contra mí y me aventó. Creí que iba a morir, pero tu abuelo me salvó. Me levantó del suelo y me abrazó. Creo que fue amor a primera vista.

Vi a la abuela derramar una lágrima, llevó sus manos a la cara y descuidó la taza. Ésta se fue por un lado de la cama y cayó. La taza rota y el refresco derramado por el suelo. Esa taza única en el mundo. Me acerqué y la abracé. No sabía que aún sentía todo eso por mi abuelo. No demoró en detener su llanto.

—Perdón por ponerme así. Uno cree que supera estas cosas, pero ya ves cómo es uno de sentimental.

—Descuida abuela. Tendremos que ir después a comprarte una nueva taza— expresé regalándole una sonrisa a esa dulce viejita.

—Gracias por escucharme, pero ya te dejo para que sigas con tus tareas.

—De qué abuela, ya me ayudaste mucho con tu historia, respondí.